

La ancha falda

Lo reconozco: estoy internado en un establecimiento psiquiátrico y mi enfermero me observa, casi no me quita el ojo de encima; porque en la puerta hay una mirilla, y el ojo de mi enfermero es de ese color castaño que a mí, que soy de ojos azules, no es capaz de calarme.

De modo que mi enfermero no puede ser enemigo mío. Le he tomado afecto y, en cuanto entra en mi cuarto, le cuento a ese mirón sucesos de mi vida, para que, a pesar de ese estorbo de la mirilla, me vaya conociendo. El muy buenazo parece apreciar mis relatos, porque, en cuanto le meto alguna trola, me muestra, para demostrarme su agradecimiento, su última figura hecha de nudos. Si es o no un artista podría discutirse. Sin embargo, una exposición de sus creaciones sería bien acogida por la prensa e incluso atraería compradores. Anuda cordeles corrientes, que recoge y desenreda en las habitaciones de sus pacientes después de la hora de visita, convirtiéndolos en complicados fantasmas cartilagosos que sumerge después en yeso, deja que se endurezcan y pincha luego en agujas de hacer punto, sujetándolas a pequeñas peanas de madera.

Con frecuencia juega con la idea de dar color a sus obras. Yo se lo desaconsejo, le señalo mi cama de metal esmaltada de blanco y lo invito a imaginarse esa cama perfectísima pintada de colores. Espantado, se da una palmada con sus manos de enfermero en la cabeza, trata de expresar, con aire un tanto rígido, todos los horrores a un tiempo y abandona sus proyectos polícromos.

Así pues, mi cama metálica esmaltada de blanco marca la pauta. Para mí significa más incluso: mi cama es el objetivo

finalmente alcanzado, es mi consuelo y podría convertirse en mi fe si la dirección del establecimiento me permitiera hacer algunos cambios: quisiera que la barandilla fuera más alta, para que nadie volviera a acercárseme demasiado.

Una vez por semana, el día de visita interrumpe la tranquilidad que se va trenzando entre los blancos barrotes de metal. Entonces llegan los que me quieren salvar, a los que divierte quererme, los que en mí quisieran estimarse, respetarse y reconocerse a sí mismos. Qué ciegos, nerviosos, qué maleducados son. Con sus tijeras de uñas arañan mi barandilla esmaltada de blanco, con sus bolígrafos y lápices azules garrapatean en el esmalte monigotes alargados e indecentes. Mi abogado, en cuanto irrumpen con su ¡hola! en el cuarto, deja su sombrero de nailon sobre el poste izquierdo del pie de la cama. Mediante ese acto de violencia, me roba el equilibrio y la serenidad mientras dura su visita... y los abogados tienen muchas cosas que contar.

Después de haber depositado mis visitantes sus regalos sobre la mesita blanca, cubierta de hule, debajo de la acuarela de las anémonas, y una vez que han conseguido exponerme sus intentos de salvación previstos o en curso, y persuadirme a mí, a quien incansablemente quieren salvar, del alto nivel de su amor al prójimo, vuelven a complacerse en su propia existencia y me abandonan. Entonces entra mi enfermero, para ventilar el cuarto y recoger los cordeles de los paquetes de regalo. A menudo, después de ventilar, tiene tiempo aún para, sentado en mi cama y desenredando cordeles, difundir silencio hasta que acabo por llamar Bruno al silencio y al silencio Bruno.

Bruno Münsterberg —me refiero a mi enfermero, renunció al juego de palabras— ha comprado por mi cuenta quinientas hojas de papel de escribir. Si la provisión no bastara, Bruno, que es soltero y sin hijos y procede del Sauerland, volvería a la pequeña papelería, que también vende juguetes, para proporcionarme el espacio no pautado que necesita mi capacidad de recordar, la cual espero que sea exacta. Nunca hubiera podido pedir ese favor a mis visitantes, por ejemplo al abogado o a Klepp. Sin duda, su afecto obligado y solícito hacia mí ha-

bría impedido a esos amigos traerme algo tan peligroso como papel blanco y ponerlo a la libre disposición de esta mente mía que segrega sílabas sin cesar.

Cuando le dije a Bruno: «Oye, Bruno, ¿me comprarías quinientas hojas de papel virgen?», Bruno me respondió, mirando al techo y apuntando con el índice hacia él, con intención comparativa: «¿Quiere decir papel blanco, señor Oskar?».

Insistí en la palabreja y rogué a Bruno que la pronunciara también en la tienda. Cuando, a última hora de la tarde, volvió con el paquete, me pareció un Bruno agitado por sus pensamientos. Varias veces y con persistencia miró al techo, del que derivaban todas sus inspiraciones, y un poco más tarde manifestó: «Me recomendó usted la palabra adecuada. Pedí papel virgen y la vendedora se puso roja como un tomate antes de traérmelo».

Temiendo una larga conversación sobre las vendedoras de papelerías, lamenté haber llamado virgen al papel y por eso guardé silencio, esperé a que Bruno hubiera salido del cuarto y sólo entonces abrí el paquete de las quinientas hojas de papel de escribir.

Levanté y sopesé, no por mucho rato, aquel paquete resistente y flexible. Saqué diez hojas y guardé el resto en la mesilla de noche; encontré la estilográfica en el cajón, junto al álbum de fotos: está llena, tinta no me faltará, ¿por dónde empiezo?

Se puede empezar una historia por la mitad y sembrar audazmente la confusión yendo adelante y atrás. Uno se las puede dar de moderno, suprimir épocas y distancias, y anunciar luego, o hacer que se anuncie, que ha resuelto por fin y en última instancia el problema espaciotemporal. Se puede afirmar también de entrada que hoy es imposible escribir una novela, para luego, por decirlo así como quien no quiere la cosa, aparecer con un enorme éxito de ventas y, en definitiva, quedar como el último novelista imaginable. Me han dicho que hace buena impresión y resulta modesto comenzar afirmando que hoy no hay héroes de novela porque ya no hay individualistas, porque se ha perdido la individualidad, porque el ser humano

está solo, todos los seres humanos igual de solos, sin derecho a la soledad individual, y formando una sola masa solitaria, anónima y sin héroes. Es posible que todo eso sea así y tenga su razón de ser. Sin embargo, en cuanto a mí, Oskar, y mi enfermero Bruno, quisiera afirmar que los dos somos héroes, héroes muy distintos, él detrás de la mirilla y yo delante de la mirilla; y, cuando abre la puerta, los dos, pese a nuestra amistad y soledad, no somos una masa sin nombres ni héroes.

Comienzo lejos de mí; porque nadie debiera describir su vida si no es suficientemente paciente para, antes de documentar su propia existencia, recordar al menos a la mitad de sus abuelos.

A todos ustedes, que tienen que llevar fuera de mi establecimiento psiquiátrico una vida enrevesada, a vosotros, amigos y visitantes semanales que nada sospecháis de mi provisión de papel, os presento a la abuela materna de Oskar.

Mi abuela Anna Bronski estaba sentada en sus faldas al caer la tarde de un día de octubre, al borde de un patatal. Por la mañana se habría podido ver cómo mi abuela sabía rastrillar en montones regulares aquellas plantas flácidas, al mediodía se comió una rebanada de pan con manteca endulzada con melaza, luego había vuelto a remover la tierra con la azada por última vez y finalmente se había sentado en sus faldas, entre dos cestos casi repletos. Delante de sus botas, cuyas suelas miraban hacia arriba con las puntas inclinadas hacia dentro, ardía sin llama un fuego de plantas de patata, que a veces revivía asmáticamente enviando su humareda baja y molesta por la superficie del suelo, ligeramente en declive. Corría el año noventa y nueve, y mi abuela estaba en el corazón de la Cachubia, cerca de Bissau y todavía más cerca del ladrillar; delante de Ramkau estaba, detrás de Viereck, en dirección a la carretera de Brentau, entre Dirschau y Karthaus, y, con el negro bosque de Goldkrug a la espalda, permanecía sentada, revolviendo patatas bajo el rescoldo con una vara de avellano de punta carbonizada.

Si acabo de mencionar expresamente la falda de mi abuela y he dicho con suficiente claridad, espero: estaba sentada en sus faldas... Si incluso titulo este capítulo «La ancha falda» es

porque sé cuánto debo a esa prenda de vestir. Mi abuela no llevaba sólo una falda, sino cuatro faldas una encima de otra. No era como si llevara una falda y tres enaguas; llevaba cuatro faldas, una falda llevaba a otra, pero llevaba las cuatro siguiendo un sistema que diariamente alteraba el orden de las faldas. La que ayer estaba encima quedaba hoy inmediatamente debajo, y la segunda era la tercera. La que ayer era la tercera falda era hoy la más próxima a la piel. La que estaba más próxima ayer permitía hoy ver claramente su dibujo, es decir, ninguno: las faldas de mi abuela Anna Bronski preferían todas el mismo color patata. Ese color debía de sentarle bien.

Además de por ese color, las faldas de mi abuela se caracterizaban por un derroche de tela extravagante. Se redondeaban con amplitud, se abombaban cuando soplabo el viento, languidecían cuando éste se cansaba, restallaban cuando pasaba el viento, y las cuatro la precedían flotando cuando lo tenía en popa. Cuando se sentaba, mi abuela reunía las faldas a su alrededor.

Junto a esas cuatro faldas constantemente hinchadas, colgantes, con pliegues o rígidas y vacías, que se quedaban de pie junto a su cama, mi abuela tenía una quinta falda. Esta quinta prenda no se distinguía en nada de las otras cuatro de color patata. Y la quinta falda tampoco era siempre la misma quinta falda. Como sus hermanas —las faldas son del género femenino—, estaba sometida a rotación, formaba parte de las cuatro faldas que mi abuela llevaba y, como ellas, cuando le llegaba su turno, tenía que pasar cada quinto viernes al barreño de lavar y el sábado a la cuerda de tender ante la ventana de la cocina y, una vez seca, a la tabla de planchar.

Cuando, después de uno de esos sábados de limpiar, lavar y planchar, tras ordeñar y dar de comer a las vacas, mi abuela se metía toda ella en la tina, abandonaba algo de sí misma en la espuma de jabón, dejaba que el agua se le escurriera otra vez hacia la tina y se sentaba en una toalla de grandes flores al borde de la cama, tenía ante ella extendidas sobre el entarimado las cuatro faldas usadas y la quinta recién lavada. Se sostenía con el índice derecho el párpado inferior del ojo del mis-

mo lado, no se dejaba aconsejar por nadie, ni siquiera por su hermano Vincent, y así llegaba enseguida a una conclusión. Se levantaba descalza y echaba a un lado, con los dedos de los pies, la falda cuyo color patata había perdido más brillo. Y la prenda limpia ocupaba entonces el lugar vacante.

En honor de Jesucristo, sobre quien tenía ideas muy firmes, el domingo siguiente por la mañana, cuando iba a la iglesia de Ramkau, quedaba inaugurado el renovado orden de sus faldas. ¿Dónde llevaba mi abuela la falda lavada? Como no sólo era una mujer limpia sino también algo vanidosa, llevaba la mejor prenda a la vista y, si el tiempo era bueno, al sol.

Aquel día, sin embargo, era una tarde de lunes cuando mi abuela estaba sentada tras el fuego con las patatas. La falda del domingo se había acercado a ella un puesto el lunes, mientras que la prenda que había disfrutado del calor de su piel el domingo le caía el lunes melancólicamente desde las caderas, por encima de las otras, como correspondía a un lunes. Ella silbaba, sin pensar en canción alguna, y, con su vara de avellano, fue extrayendo de la ceniza la primera patata que estuvo a punto. Empujó la papa suficientemente lejos del montón de plantas humeante para que el viento le pasara por encima y la enfriara. Una rama puntiaguda pinchó entonces el tubérculo ennegrecido y de corteza reventada, y mi abuela lo sostuvo ante su boca, que no silbaba ya sino que, entre unos labios resecos y agrietados por el viento, soplaba la ceniza y la tierra de la piel de la patata.

Al soplar, mi abuela cerraba los ojos. Cuando creyó haber soplado bastante, abrió un ojo tras otro, mordió con unos incisivos que dejaban ver entre ellos pero por lo demás eran perfectos, y liberó enseguida su dentadura, aunque manteniendo la media patata, demasiado caliente aún, harinosa y humeante, en la abierta cavidad de la boca y mirando fijamente, con ojos muy redondos, por encima de las aletas dilatadas de su nariz, que aspiraban el humo y el aire de octubre, a lo largo de los campos, hasta el cercano horizonte, dividido por los postes de telégrafo y un tercio superior escaso de la chimenea del ladrillar.